

ESTA ES
LA NEFERTITI
DE BROOKLYN

BARB

**"ODIO
QUE
LA GENTE
HABLE
DE MI"**

Y, sin embargo, todo el mundo habla de ella. Cantantes, actores de cine, de teatro, políticos, periodistas. Un mes antes de morir asesinado, el 23 de octubre de 1963, el presidente Kennedy la invitó a cenar en la Casa Blanca: la había visto en la televisión y no pudo resistir la tentación de tenerla como comensal. Los Beatles no pestañearon cuando supieron que había una sola persona que les aventajaba en venta de discos. Y Sinatra no protestó cuando se enteró que había alguien que cobraba más que él por una actuación en Las Vegas, exactamente un millón de pesetas. Y los Burton encontraron natural que una actriz recién llegada cobrara tanto como ellos —70 millones de pesetas—, y que por su segundo film percibiera cerca de noventa millones...

Todo el mundo habla de ella y todo el mundo la acepta. Es fea y es asombrosamente bella: es desgarrada y representa a la perfección la silueta de la mujer de los años 70; tiene voz de cantante de ópera y sólo interpreta música ligera; podría cantar «jazz» y prefiere «¿Quién teme al lobo feroz?»; nunca quiso ser cantante y es la cantante mejor pagada del mundo; empiezan a decir de ella que es el Charlot femenino, el Keaton con faldas, la Garbo con humor, la Garland elevada al cubo, la Nefertiti de Brooklyn. Efectivamente: no quiere que hablen de ella, pero todo el mundo habla de Barbra Streisand.

SALIRSE CON LA SUYA

Enclenque, nariguda, su rostro era lo más parecido que pueda encontrarse a un oso hormiguero. Huérfana de padre, judía de raza y religión, Barbra nació en el seno de una modesta familia. Y desde pequeña quiso ser actriz. Mejor dicho, desde niña quiso sacudirse la miseria que veía a su alrededor: no confiaba, desde luego, en llegar a ser «Miss América», pero estaba convencida de que podría triunfar como actriz. Por de pronto, hizo el aprendizaje típico de muchas «self-made-women»: empleada en una guardería infantil a los doce años; a los catorce, vendedora de «sandwiches» y de refrescos en el Festival de «Jazz» de Newport; poco después, encargada de los lavabos de un club y cajera de un restaurante chino, y luego acomodadora de un teatro; oficios y tareas que le hacían rondar su futuro trabajo. Ahora confiesa que siempre trabajaba escondiendo el rostro a sus clientes y hablando en voz baja «para que nadie la reconociera más tarde, cuando fuese célebre».

Y empezó a cantar por casualidad. Así lo cuenta ella: «Un día entré en un club de Greenwich Village donde tenía lugar un concurso de canto



BARBRA STREISAND



cuyo premio era cincuenta dólares —unas tres mil quinientas pesetas—. Me acerqué hasta el micrófono. Canté. Gané los cincuenta dólares».

Y consiguió un contrato para actuar en ese club —el «Lion»—, cobrando a la semana cincuenta dólares, con derecho a una consumición por noche. El público se quedaba sorprendido de ver a esa muchacha, con aquel aspecto tan extravagante, pero nadie discutía su enorme talento interpretativo: como máximo elogio se decía: «¡Es la nueva Judy Garland!». Fue contratada en otro club —el «Bon Soir»— por el doble. De todas formas, Barbra no estaba conforme: ella quería ser actriz y no cantante.

LAS MUECAS DE NEFERTITI

Lo consiguió. A los veintiún años —había nacido el 24 de abril de 1942— Barbra estaba plantada en un escenario de Broadway protagonizando «Funny Girl», junto a Sidney Chaplin. Iba a ser una de las comedias musicales más taquilleras de todos los tiempos y la consagración definitiva de Barbra como cantante, como actriz, como bailarina...: era una verdadera mujer-orquesta. Los años 1963 y 1964 fueron decisivos en su carrera. Estados Unidos se rindió ante ella. Grabó discos que se vendieron por millones. Una canción suya —«People»— dio la vuelta al mundo.

Y Barbra estaba contenta: se la empezaba a considerar como actriz. Realmente, no le preocupaba demasiado ganar millones y escuchar a todas horas que había recogido la herencia de Judy Garland: lo que quería, en todo caso, era convertirse en una gran actriz de teatro. Nefertiti estaba dispuesta a ser la máxima estrella de Broadway. Durante varias temporadas, «Funny Girl» cimentó el prestigio de Barbra. Pero aún no era suficiente. Había que llegar a más. Y declaró: «Daría todo por ser actriz de cine». Dicho y hecho. «Funny Girl» se convirtió en comedia musical cinematográfica. Para dirigirla se llamó a un veterano de Hollywood, William Wyler, que había logrado hacer ganar el Oscar de interpretación a varias actrices que habían trabajado a sus órdenes. Barbra, secretamente, confiaba en llevarse el Oscar. Y lo consiguió.

Después vinieron más películas: «Hello Dolly!», dirigida por Gene Kelly, una institución en la comedia musical americana; «En un día claro de verano», con Yves Montand, realizada por Vincente Minnelli, otro maestro de la comedia musical, ex marido de Judy Garland... Se dice que piensan en Barbra para una biografía cinematográfica de Sarah Bernhardt... Todo



dicho, se ha adelantado a la idea que podamos hacernos de la mujer de los años 70: es pre-«in».

UN COCINERO CHINO

Barbra ha abolido la miseria que nutrió su niñez. Es el ejemplo típico del ciudadano medio americano que consigue ir escalando puestos y convertirse en una figura popular y respetada. Pero es que Barbra tiene unas condiciones excepcionales: hubiera triunfado aunque en ese país no hubiera cierta igualdad de oportunidades. De todas formas, ella se ha tomado la revancha de su infancia judía, de ese duro aprendizaje, de una lucha por la vida incierta y complejada por su inferioridad física.





De aquella época no tiene recuerdos; o, al menos, uno solo aparente: el cocinero chino que la acompaña a todas partes. Cuando estaba de cajera en un restaurante chino aprendió algunas palabras de ese idioma y se acostumbró al gusto de la comida oriental, que ahora le resulta imprescindible. Su cocinero es el único lazo con su pasado, pero que marca la evolución que ha sufrido esta muchacha desde la absoluta miseria hasta la cima de la plutocracia.

Un marido —Elliot Gould—, del cual se ha divorciado recientemente. Y un hijo de veintidós meses, Jason, un hijo que no pudo tener hasta que no acabó las representaciones innumerables de «Funny Girl». Por eso, Jason es actualmente lo que más le importa; entre otras cosas, porque,

profesionalmente, ha conseguido todo lo que ambicionaba. Y de Jason declara, sin rubor, que es el niño más inteligente del mundo. Cuenta anécdotas suyas, le lleva a todas partes, se fotografía con él.

Muerta Judy Garland, Barbra Streisand es, sin duda, la mejor cantante de música «standard» del mundo. Nadie puede soñar en hacerle la competencia en este terreno, porque no es solamente que Barbra tenga una voz excepcional, con un registro perfectamente controlado desde los agudos a los graves, sino que su repertorio es uno de los más amplios que intérprete alguno pueda poseer. Y eso que empezó a cantar por casualidad. ■ J. G. D. Fotos: TRANSWORLD FEATURE SYNDICATE.

